

El hombre del canario rojo

Don Julio vivía en el mismo edificio donde trabajaba como conserje, en Carlos Antúnez con el Bosque. En el primero piso había una bodega que había sido habilitada como su propia pieza; tenía un baño, y un pequeño espacio que ocupaba como logia para colgar su ropa. También había decidido usar un estacionamiento para hacer un pequeño huerto. Algo inverosímil, pero con esfuerzo lo logró: puso tierra de hojas en el suelo, y con mucha paciencia hizo crecer unas acelgas, choclos tomates y un par de achiras de un rosado estridente. Los habitantes de los departamentos no reclamaron, pues eran en su mayoría adultos mayores que no manejaban, por lo que los estacionamientos estaban vacíos.

El edificio era chico, de cinco pisos, y dos departamentos en cada uno. Tenía un pequeño antejardín que Don Julio regaba con dedicación. Cuidaba mucho el pasto, los cardenales rojos y el acer japonico. El hall de entrada tampoco era tan grande, por lo que su trabajo no era demasiado. Pasaba la enceradora con cera roja por los cerámicos de la entrada, barría las hojas y quedaba desocupado. Nunca se instalaba en la conserjería, pasaba las tardes tendido en su cama viendo teleseries. El timbre que daba a la calle estaba conectado con su pieza, por lo que atendía directamente desde su cama.

- Vengo a dejarle un paquete a la Angélica.
- Tóquele a ella, vive en el 301.

A pesar de que era el único conserje del edificio, su horario había ido tomando tintes gerenciales, pues trabajaba de 10:00 a 16:00 y el resto del tiempo no había nadie en la entrada, ni siquiera un nochero. Además de mantener medianamente el aseo de los espacios comunes, no hacía mucho más por los residentes. El resto del tiempo lo dedicaba a su propio jardín, y a su ocio personal: ver televisión y teñirse

el pelo. Llevaba diez años tapándose las canas con un Kolestone color naranja fuego, casi del color de las baldosas que enceraba.

Ninguno de los vecinos se cuestionaba las labores y horarios de Don Julio, ya que era parte del inventario del edificio. A nadie le llamaba la atención sus hábitos, como sentarse a tomar té puro en un piso de mimbre en el estacionamiento mientras escuchaba la radio Beethoven a todo volumen, ni la extrema confianza que sentía hacia quienes vivían ahí. Siempre saludaba amablemente, lo que seguía con algún comentario inadecuado para intentar entablar una conversación, que – con frecuencia – se detenía abruptamente:

- Hola, buenos días. ¿Tiene una maleta que me preste? Es que me voy de vacaciones.
- Hola, ¿cómo está? ¿Le sobra un plasma?
- Hola, ¿qué tal? ¿Qué perfume usa usted? Porque me recuerda a las rosas que plantaba mi abuelita en Chillán.
- Hola, ¿Le hago una consulta? Es que voy atrasado al dentista, ¿Me lleva?
- Hola, disculpa que le diga, pero el sofá que le vinieron a dejar el otro día, no es Luis XV, es hechizo.
- Hola, ¿Cuándo me va a dejar a su perrita?

Con la única vecina con la que había logrado entablar la relación simbiótica que buscaba compulsivamente, era Herminia. La Señorita Herminia, le decía él. Ella vivía en el quinto piso, tenía 78 años y era soltera. La relación entre ellos se había estrechado después de la muerte de su gato. Compartían gustos y sensibilidades similares: Los animales, las plantas, las antigüedades, la realeza europea, las

teleseries brasileras, la música clásica y el amor por los berlines. Así que cuando Don Julio terminaba de regar el pasto en la tarde, subía al 502 donde lo esperaba la Herminia para tomar té. Juntos repasaban el capítulo del día de la teleserie de turno, comentaban de la vida de otros vecinos y otros temas de la contingencia. Como era soltera, sin hijos y varios de sus hermanos habían muerto, era bastante sola y tenía escasas visitas. Un día, mientras discutían acerca de la verdadera paternidad del Príncipe Harry, sonó el timbre.

- Qué desubicado, ¿Quién será?
- Yo lo veo Señorita Herminia, no se pare.

Era un sobrino que la pasaba a ver por su cumpleaños, aunque no era ese día, Don Julio y Herminia fingieron. Si bien les perturbaban las interrupciones en sus tardes, en el fondo se emocionaban con cada visita que llegaba. Matías, el sobrino, traía una torta y una pajarera de regalo.

- Mire tía, le traje el único canario rojo que me ha salido de mi crianza. Supe que se le murió la gata, y es para que la acompañe. Canta precioso.

Si bien la recomendación acerca de la entonación del canario venía de cerca, era también la de un experto: Matías era Juez de canto de canario (además de profesor de Literatura). Le explicó lo escasos que eran los canarios rojos, y que era una mascota relativamente fácil de cuidar.

- Te va a encantar tía.

Mientras conversaban Herminia y Matías, Don Julio miraba fijamente. Una extraña sensación lo invadía. Los celos se mezclaban con la euforia de tener un canario rojo, estaba desconcertado porque no sabía que existían. Se sentía identificado con el exótico pájaro cobrizo. Pero también estaba anonadado con la

belleza del sobrino. Lo había visto antes un par de veces, pero de lejos. Nunca había podido mirarlo en detalle. Se sentía atrapado en sus inmensos ojos azules. Lo hipnotizaron sus gestos, su semblante, su elegancia. Llevaba una chaqueta con estampado Burberrys y una boina. Don Julio no podía creer que fuese de verdad. No conversaron mucho, la visita del sobrino fue rápida. El conserje hizo un par de intentos por entablar una conversación con el joven, pero no lo logró. Desde ese momento se obsesionó con él y desplazó ese candoroso sentimiento hacia el canario rojo.

Estuvieron días con la Herminia decidiendo el nombre apto para el canario. Debía ser original y elegante. Repasaron la lista de personajes de la realeza europea: la inglesa, rusa, holandesa, española y hasta la de Mónaco. Pero no lograban ponerse de acuerdo. Hasta que una tarde entre té y berlines, Don Julio dijo:

- ¡Lo tengo! Se llama Rasputín.
- Estás loco Julio, si no era noble.
- Pero era místico, sanaba a Alexei.
- Bueno, te lo concedo, se llama Rasputín.

Lo que Don Julio se calló respecto de Rasputín, fueron sus ocultas inclinaciones perversas, a la Herminia no le gustaría saber ese detalle. El canario sirvió como medio de estrechar el vínculo entre los viejos. De alguna manera, era como estuvieran criando juntos al hijo que nunca tuvieron. Todos los días le limpiaban la jaula, lo alimentaban y se sentaban a su lado para oír su canto. Como buenos padres, idealizaban las habilidades del canario, llegando a humanizarlo.

- Hoy está cantando Carmina.
- No, es Aída, decía Julio, que sabía más de ópera.

Con el tiempo Herminia comenzó a sentirse mal. Estaba decaída, flaca y pálida. Don Julio le insistía que fuera a hacerse un chequeo médico, pero ella se negaba. Se fue debilitando hasta tal punto que Don Julio empezó a subir a su departamento muy temprano, para llevarle el desayuno a la cama. Tenía llave para entrar, porque ella no podía levantarse a abrir la puerta. Llegaba a las 08:15, le entraba el diario y el preparaba religiosamente su té puro, tostadas con mermelada de frambuesa y un pedazo de queque de limón que compraba en el supermercado. Después la ayudaba a vestirse, a veces a bañarse. Por de pronto ya había abandonado casi por completo sus labores de conserje, pero nadie se percató tanto de eso, porque tampoco era muy hacendoso antes de la enfermedad de la Herminia.

Un día, cuando subió a ver a su amiga, la encontró muerta en su cama. Se abalanzó sobre ella y se puso a llorar. No tenía el teléfono de ningún familiar para avisar, así que llamó al administrador, quien se contactó con uno de sus hermanos. Al poco tiempo, llegó un médico a constatar la muerte, y decidieron hacerle una autopsia. Nadie de su familia sabía que había estado tan enferma. Unos días después del funeral, apareció Matías en el Hall de entrada.

- ¿Cómo está? ¿Supieron la causa de su muerte?
Dijo Don Julio.
- Sí, era cáncer, estaba metastasiada entera. Increíble no habernos dado cuenta, como tiene que haber sufrido la pobre.
- Cáncer de sus partes íntimas tiene que haber sido, porque era una Señorita, entonces nunca las usó.
- Ehh... no sé, no pudieron determinarlo. Oiga me llevo al canario, se devuelve a mi pajarera.
- Ahh eso sí que no va a poder ser, porque resulta que yo soy el padre, y se quiere quedar conmigo.

Desde que se murió la Señorita Herminia que canta la Marcha fúnebre fíjese.

Rasputín se quedó viviendo en la pieza de Don Julio. Durante el día lo sacaba a su huerto y el pájaro cantaba. Un par de días después de la muerte de Herminia, el canario puso un huevo. Al verlo, Don Julio se desmayó. Despertó unos minutos más tarde, con Angélica, la joven del 301 que lo abanicaba.

- ¿Está bien Don Julio? ¿Le duele algo?
- El corazón mijita. Acabo de darme cuenta que Rasputín es canaria, puso un huevo.
- Póngale Rasputina entonces, no es tan grave. Dijo Angélica.
- Es feo, suena a puta.

Don Julio se hincó en el suelo, se agarraba la cabeza llorando amargamente. Golpeaba el asfalto del estacionamiento con las manos.

- ¡La cría va a ser amarilla! No había otro rojo en esa pajarera.
- Pero será lindo igual, un clásico canario amarillo, como Piolín, Don Julio. Agregó Angélica tratando de consolarlo.

Ante la imposibilidad de poder reconfortar al conserje, después de un rato Angélica se fue. Don Julio hervía de rabia, pensaba en que todo era una conspiración de Maías. Sus sentimientos amorosos se transformaban en odio profundo. Se acercó a la jaula del canario, la abrió y estiró su mano, tratando de alcanzar al pájaro, pero no pudo. Su brazo regordete y lampiño no pasaba completamente por la ranura. Entonces con un movimiento sutil de dedos, alcanzó el huevo y con toda la fuerza de su furia, lo apretó.

- Será nuestro secreto Rasputín, siempre serás mi Rasputín.

NILAHUINA